

Identidad, discriminación y destino: Los inmigrantes de Borges

Haydée Isabel Nieto

1. Introducción

La idea de *destino* se enlaza en Borges con la convicción de que existe un *determinismo* relacionado con la historia personal, las circunstancias sociales, económicas o ambientales, que casi fatalmente influye en la existencia de los personajes. Este tema se reitera en su narrativa en forma recurrente, y es posible afirmar que se presenta en una parte importante de su obra, aunque mostrado desde los más diversos ángulos.

A su vez, los temas de *identidad* y *destino* se unen en la narrativa borgeana, fuertemente relacionados con la historia personal del escritor, a cuyo origen “mixto”, por vía paterna, le debe una empecinada búsqueda de identificación e integración con sus antepasados argentinos, que tan bien desarrollará en el conflicto del cuento *El Sur*:

Esta es su historia, pero a partir de ella, muchos personajes borgeanos del arrabal sienten el peso de “las circunstancias”, de lo que no se puede cambiar y que hace que un hombre sea de una manera y no de otra. Así como él es un escritor y no un hombre de acción, y morirá lejos de Argentina y no en la llanura con un cuchillo en la mano; así, los hombres de las orillas no tendrán otra posibilidad que la violencia y la pelea para poder sobrevivir en una sociedad con reglas y ética propias.

Si tomamos en cuenta, entonces, de qué manera Borges enlaza los temas de *identidad* y *destino*, podemos considerar en nuestro análisis un sector de los personajes borgeanos que, como el autor, responden a una identidad «mixta» y padecen marginalidad y discriminación, lo cual de una manera u otra influye fatalmente en la libertad de sus decisiones y en el cauce de sus vidas.

La intención de este estudio es, por lo tanto, analizar cómo el tema del *destino*, relacionado con la temática de la *identidad* y la *discriminación*, aparece en la narrativa borgeana en los personajes de los inmigrantes, de sus hijos o de sus nietos.

Consideraremos, para ello, algunos de los cuentos más representativos de esta temática:

2. *El Indigno*

El Indigno es la historia de un judío en la sociedad de las orillas, que cumple con

su destino de marginación y cobardía. Solo si se consideran los temas que nos ocupan, este enigmático cuento de Borges tiene una explicación acabada.

Santiago (Jacobo) Fischbein le cuenta una historia de juventud a Borges en una de las visitas a su librería. El personaje ya maduro tiene, en la descripción del narrador y luego del propio Fischbein, algunas características interesantes:

«...solía condenar el sionismo, que haría del judío un hombre común, atado, como todos los otros, a una sola tradición y un solo país...»¹

«Yo me he labrado ahora una posición, tengo esta librería que me gusta y cuyos libros leo, gozo de amistades como la nuestra, tengo mi mujer y mis hijos, me he afiliado al Partido Socialista, soy un buen argentino y un buen judío. Soy un hombre considerado».²

Afirmado en una identidad que lo complace y que, aparentemente, lo ha hecho superar los conflictos de juventud, que confiesa en su relato, parece que Santiago (¿o Jacobo?), a pesar de ser un amante de la diversidad que implica ser un judío, ha logrado una simbiosis de sus dos orígenes tan buena como simple: tiene una posición, se ha educado en la lectura, posee valiosos amigos (que no son judíos), ha formado una familia y ha tomado una postura política. Con esto, se muestra satisfecho: es “un buen argentino y un buen judío”. La primera persona y la aparente objetividad borgeana completan este convencimiento.

La historia de juventud es la clave y el motivo de este laborioso trabajo que lo ha convertido en un hombre de bien y le ha permitido asumirse como argentino y como judío. Veamos cómo se veía Fischbein en su juventud, en un barrio cercano al Maldonado:

«... entonces yo era un pobre muchacho ruso de pelo colorado, en un barrio de las orillas. La gente me miraba por encima del hombro. Como todos los jóvenes yo trataba de ser como los demás. Me había puesto Santiago para escamotear el Jacobo, pero quedaba el Fischbein...».³

Indudablemente, el tema de la discriminación que sufre el personaje se hace presente en este autorretrato; en la Costa Brava, se discrimina lo que es diferente: el origen, el color del pelo, el nombre revelador. Pero esta discriminación no es solo un contratiempo más de la adolescencia de Fischbein; para Borges, su condición de hijo de inmigrantes judíos, su aspecto, su historia van a marcar indudablemente sus decisiones y actitudes. Tal vez, la clave del cuento está en lo que afirma a continuación:

“Todos nos parecemos a la imagen que tienen de nosotros. Yo sentía el desprecio de la gente y yo me despreciaba también. En aquel tiempo, y sobre todo en aquel

medio, era importante ser valiente; yo me sentía un cobarde. [...] No tenía amigos de mi edad.»⁴

Cercano al «Remordimiento» de Borges, Fischbein encuentra un paliativo a su marginalidad, muy criticado por su madre: por motivos no demasiado explícitos (tal vez, la elección de un débil para afianzar un poder inestable), Francisco Ferrari, un caudillo del barrio, lo elige como su amigo y lo implica en la participación de un robo. Nadie entiende esa invitación (ni siquiera los lectores), pero nadie la discute. El mismo Fischbein se siente desorientado por la decisión de Ferrari:

“El hecho es que Francisco Ferrari, el osado, el fuerte, sintió amistad por mí, el despreciable. Yo sentí que se había equivocado y que yo no era digno de esa amistad. Traté de rehuirlo, pero no me lo permitió.”⁵

Ferrari se convierte en su héroe, en el hombre valiente que querría ser Fischbein; si lo imita, será aceptado en la «barra» y tendrá los mismos atributos que sus otros componentes. De esta manera, se siente defendido, integrante de un grupo de criollos y gauchos valientes por primera vez; supone que esta es la forma de superar su destino de judío en un barrio de las orillas. A partir de ese momento, será «el rusito», un apodo sin connotaciones despectivas.

Por eso, para el Fischbein maduro, que relata la historia y puede juzgarla desde la objetividad del paso del tiempo, la explicación de sus actos se basa en el ideal que representaba Ferrari para un joven marginado, hambriento de héroes:

«Lo esencial de la historia es mi relación con Ferrari, no los sórdidos hechos de los que ahora no me arrepiento».⁶

Integrante afianzado de ese «submundo de matones», pronto Ferrari le propone una iniciación, una prueba: su ayuda en el asalto a una fábrica. ¿Qué esperamos de Fischbein?: que se porte «como un hombre», que responda a la imagen que, gracias a Ferrari, ha conseguido en el grupo. Sin embargo, el día indicado, va a la policía y denuncia que se va a realizar el robo; la misma policía, juzgándolo seguramente por su apariencia y sus datos, repreueba sutilmente la traición:

«- ¿Vos venís con esta denuncia porque te creés un buen ciudadano?
Sentí que no me entendería y le contesté:
- Sí, señor. Soy un buen argentino.
[...]
- Andá con cuidado. Vos sabés lo que les espera a los batintines.”⁷

¿Por qué la traición? La paradoja de la historia tiene una explicación que, en este caso, Borges no se encarga de aclarar: Fischbein ha respondido a su imagen (a la que los demás tenían de él), a su destino de judío y de inmigrante en un barrio de las orillas. No se ha integrado, no puede integrarse definitivamente; es visto como despreciable, cobarde y traidor, como un indigno de la amistad del caudillo. Asume ese destino sin remordimientos, porque no hay posibilidades de cristalizar su deseo de ser un hombre de coraje, de ser como su «modelo», el compadrito Ferrari, a quien matan poco después en la cárcel. Por eso, le dice al policía que lo alerta:

«- Ojalá me maten. Es lo mejor que puede pasarme».⁸

Con el correr de los años, Fischbein ha encontrado otros paliativos, como vimos antes; ha sabido adaptarse, asumir su origen judío e integrarse a otro medio social que lo acepte por su posición y su imagen familiar; no trata de ir más allá de lo posible. De esa manera, supera el remordimiento de «no sentir remordimiento alguno» por haber traicionado y condenado a su héroe que, a la vuelta de los años, mira con benevolencia y superioridad.

3. *La Intrusa*

En este caso, los hermanos Nilsen, según cuenta la historia, también son hijos de inmigrantes en un barrio de las orillas; varios datos que brinda el narrador, con la objetividad de un documentado, así lo confirman:

«Sé que eran altos, de melena rojiza. Dinamarca o Irlanda, de las que nunca oirían hablar, andaban por la sangre de esos dos criollos.»⁹

«El párroco me dijo que su predecesor recordaba, no sin sorpresa, haber visto en la casa de esa gente una gastada *Biblia* de tapas negras, con caracteres góticos; en las últimas páginas entrevió nombres y fechas manuscritas.»¹⁰

Se reitera el esquema de Fischbein: el barrio los discrimina por su aspecto diferente, el apellido extraño (en realidad, «Nelson», que Turdera cambió por «Nilsen»), pero también por su fama de hombres violentos, cuatreros y tahúres. En realidad, los Nilsen tienen las mismas características que muchos de los hombres del lugar, pero los marginan las diferencias, que inspiran desconfianza y que son, para esa sociedad, más fuertes que las similitudes:

«El barrio les temía a los Colorados; no es imposible que debieran alguna muerte. Hombro a hombro pelearon una vez a la policía. Se dice que el menor tuvo un

altercado con Juan Iberra, en el que no llevó la peor parte, lo cual, según los entendidos, es mucho.»¹¹

«Físicamente, diferían del compadraje que dio su apodo forajido a la Costa Brava».¹²

La clave de la historia estará, nuevamente, en el tema de la discriminación: estar unidos es la única alternativa para sobrevivir en la sociedad de las orillas; si se pelean, el medio los destruiría:

«Esto, y lo que ignoramos, ayuda a comprender lo unidos que fueron. Malquistarse con uno era contar con dos enemigos».¹³

Borges rescata en *La Intrusa* el famoso consejo de Martín Fierro a sus hijos:

*«Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera,
tengan unión verdadera,
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean,
los devoran los de ajuera.»*¹⁴

La idea es la misma y explica la historia: al llevar el hermano mayor a una mujer a la casa, peligra esa promesa de unión entre los hermanos, ya que los dos se enamoran de Juliana. La única manera de defenderse del medio que los determina y los exila es matar a la mujer y permanecer unidos. El tema del destino y del determinismo se hacen otra vez presentes: hay situaciones que no pueden cambiarse y que deciden fatalmente los actos de los personajes.

Como Fishbein responde a su imagen de cobarde y traidor, los Nilsen responden a su imagen de violentos y a su destino de inmigrantes. Asumen la marginalidad, no intentan superarla o integrarse al medio; saben, aunque con menos conciencia que el personaje de *El Indigno*, que es imposible la integración.

Los Nilsen sobreviven a la discriminación por su fama de violentos y por la unión que los hace fuertes e inseparables. No hay integración posible para el extranjero, nunca es aceptado, y esto determina también el destino de Juliana: deben renunciar a la mujer y matarla, ya que no hay otra manera de superar los celos. Son más fuertes que el amor la necesidad de supervivencia y el lazo que los une:

«Caín andaba por ahí, pero el cariño entre los Nilsen era muy grande -¡quién sabe qué rigores y qué peligros habían compartido!- y prefirieron desahogar su exasperación con ajenos. Con un desconocido, con los perros, con la Juliana, que había traído la discordia».¹⁵

Juliana, por su parte, cumple también con su destino de mujer en la sociedad de las orillas, machista y violenta. En una sociedad de hombres que sobreviven, la mujer corre peor suerte: es un solo objeto. Cabe recordar que el personaje, a pesar de ser la verdadera protagonista de la historia, no dice una sola palabra en todo el cuento y no tiene ninguna participación en las decisiones de los hermanos con respecto a su vida y a su muerte.

Por otra parte, cabe destacar que el medio, en este cuento, está configurado por Borges sin concesiones: machista, violento, discriminador. Así vivían los «orilleros antiguos» y el escritor considera a esta historia como «un breve y trágico cristal» de su esencia. La mujer, la intrusa, que viene a desestabilizar a los Nilsen, es casi una esperanza morbosa para el barrio, que sueña con poder, finalmente, vencerlos y vengarse de tanta prepotencia:

«El barrio, que tal vez lo supo antes que él, previó con alevosa alegría la rivalidad latente de los hermanos.»¹⁶

La «sórdida unión», que los lleva a compartir a la mujer, es un aditamento más, un signo irrevocable de debilidad; por eso, el barrio se atreve a enfrentarlos, a burlarse de ellos para destacar el conflicto:

«Una tarde, en la Plaza de Lomas, Eduardo se cruzó con Juan Iberra, que lo felicitó por ese primor que se había agenciado. Fue entonces, creo, que Eduardo lo injurió. Nadie, delante de él, iba a hacer burla de Cristián.»¹⁷

Sin embargo, superan la amenaza; como Fischbein, asumen la discriminación y su destino de inmigrantes en la marginalidad de las orillas, en la aceptación de que no hay otra posibilidad que ser lo que uno es, que asumir esa identidad aunque implique ser un traidor o un asesino.

4. *El Sur*

Como antes dijimos, la historia personal de Borges y su conflicto relacionado con una identidad “mixta” influyen claramente en los temas de *identidad* y *destino*, como sucede en el cuento *El Sur*. Para él, poder responder a su “destino sudamericano” (según dijera para Francisco Laprida, en *Poema Conjetural*) es poder ser un hombre de coraje y acción, de ideales patrióticos, como lo fuera su abuelo paterno, Francisco Isidoro Borges. Recordemos algunos detalles de su biografía, que amplían lo expuesto (ver, además, *Arbol Genealógico*, en 7. Anexo):

«[El padre de Borges, Jorge Guillermo Borges,] no había conocido a su padre: tenía solo siete meses cuando este se hizo matar en el combate de La Verde, durante una de las tantas revoluciones del Siglo XIX argentino. Se llamaba Francisco Borges y había nacido en la plaza sitiada de Montevideo; a los quince años militó en esa misma ciudad contra los *blancos* (el partido federal del Uruguay); estuvo en [la batalla] de Caseros, bajo el mando de Urquiza; revistó en la guerra con el Paraguay y en la provincia de Entre Ríos, donde conoció a Frances (Fanny) Haslam. Como regalo de bodas, el padrino, general Martín de Gainza [...] lo nombró jefe de tres sectores de la frontera con el indio: norte y oeste de Buenos Aires y sur de Santa Fe. En los días finales del gobierno de Sarmiento, el general Bartolomé Mitre conspiraba. La revolución era un hecho. El presidente llamó al coronel Borges y le preguntó si en caso de un enfrentamientoaría contar con las fuerzas a sus órdenes en Junín. Este le contestó: 'Mientras usted esté en el gobierno, se mantendrán leales; cuente con ellas'. *'La revolución se adelantó; Borges, que era mitrista, entregó el mando de sus tropas y se presentó solo en el campamento revolucionario de Tuyú. No faltaron quienes vieron en esta lealtad una deslealtad. Llegó el combate de La Verde. Los mitristas fueron vencidos; Borges, de poncho blanco, montó a caballo tordillo; lo siguieron doce o quince soldados y avanzó lentamente hacia las trincheras con los brazos cruzados. Se hizo matar.'*¹⁸

Sin embargo, la fuerte influencia de su abuela paterna, Frances Haslam, que había enseñado a su hijo y a su nieto un fluido inglés; las lecturas en la Biblioteca de su padre, su condición enfermiza en los años de formación, su niñez "detrás de una larga verja de lanzas" en la casa de la calle Serrano en Palermo, su viaje a Suiza y su formación europea, y tantas otras circunstancias más hacen de él un intelectual, un escritor y un bibliotecario, muy documentado pero inevitablemente alejado de sus sueños de acción y coraje.

De allí su interés en las historias de guapos y orilleros, que cubren un vacío, como el sueño de *El Sur*, de lo que no pudo ser, de la desdicha y el remordimiento de no haber sido un valiente, como sus antepasados:

*"Mis padres me engendraron para el juego
humano de las noches y los días.
Para la tierra, el agua, el aire, el fuego.
Los defraudé. No fui feliz. Cumplida
no fue su joven voluntad. Mi mente
se aplicó a las simétricas porfiás
del arte, que entreteje naderías.
Me legaron valor. No fui valiente."*¹⁹

Retomando nuestro análisis, podemos afirmar que Borges se vale de la imagen del inmigrante para desarrollar su gran tema de la «discordia de los dos linajes», que es el asunto central del cuento *El Sur*.

Dahlman tiene nostalgia de integración. Como Borges, el personaje protagonista de *El Sur* tiene dos linajes. La similitud de nombres y circunstancias hacen inevitable la remisión a la historia personal del escritor:

«El hombre que desembarcó en Buenos Aires en 1871 se llamaba Johannes Dahlmann y era pastor de la Iglesia evangélica; en 1933, uno de sus nietos, Juan Dahlmann, era secretario de una biblioteca municipal en la calle Córdoba y se sentía hondamente argentino. Su abuelo materno había sido aquel Francisco Flores, del 2 de infantería de línea, que murió en la frontera de Buenos Aires, lanceado por los indios de Catriel; en la discordia de sus dos linajes, Juan Dahlmann (tal vez por impulso de la sangre germánica) eligió el de ese antepasado romántico o de muerte romántica.»²⁰

Si se observa el *Arbol Genealógico*, es fácil comprobar las similitudes: Francisco Flores/Francisco Isidoro Borges; Johannes Dahlmann/Ann Haslam. Las variaciones están referidas a que, en la realidad, la abuela paterna de Borges era inglesa y en el cuento es el abuelo paterno el extranjero; y a que el abuelo paterno de Borges era criollo y no su abuelo materno. Por otra parte, Borges, en 1930, estaba empleado en una Biblioteca Municipal y sufre un accidente similar al que se relata en el cuento.

Hay similitudes, también, en las historias de Fischbein y Dahlmann: el primero se presenta como «un buen argentino»; el segundo se siente «hondamente argentino»; ambos quieren integrarse a pesar de las diferencias y asumen, cada uno a su manera, una nostalgia de pertenencia arraigada en la esencia de los hombres del país, hijos o nietos de inmigrantes.

En un paréntesis, aclaremos que el tema del cuento es un tema muy presente en la literatura Argentina: *la búsqueda de identidad*. Las circunstancias históricas, especialmente las migraciones europeas que se iniciaron en 1880, arraigaron en los hijos y nietos de inmigrantes esta sensación melancólica de que una parte de nosotros, de nuestro verdadero origen, de nuestras costumbres y forma de ser, está más allá del mar, en un lugar que nunca hemos visto y en donde se encuentra la clave de nuestra esencia. Conscientes o no, como los personajes borgeanos, la búsqueda de integración de los dos linajes, si bien no siempre se presenta como conflicto, ha sido no solo una temática de la literatura sino de muchas otras cuestiones que explican la idiosincrasia del argentino de hoy.

A través del tiempo, Fischbein es más práctico y encuentra un camino, como ya hemos explicado, bastante sencillo; Dahlman, en cambio, reniega de su condición de intelectual²¹, como Borges en *Remordimiento*, documentado pero sin las

experiencias de coraje de su abuelo Francisco Flores. Recordemos el cuento *Juan Muraña*, en el cual Emilio Trápani establece sin vueltas la distinción entre el que lee y el que vive, que es también una sutil forma de discriminación:

«- Me prestaron tu libro sobre Carriego. Ahí hablás todo el tiempo de malevos; decime, Borges, vos, ¿qué podés saber de malevos?
Me miró con una suerte de santo horror.
- Me he documentado - le contesté.
No me dejó seguir y me dijo:
- Documentado es la palabra. A mí los documentos no me hacen falta; yo conozco a esa gente.
[...]
- Soy sobrino de Juan Muraña.»²²

No sabemos (y parece que no interesa) si Dahlmann es discriminado; es lógico que, como el Fishbein ya maduro, en un medio social que no es el de las orillas, nadie le recuerde y a nadie le importe que no sea un hombre de valor. Sin embargo, su conflicto es más profundo: no acepta lo que es, se autodiscrimina, elige un camino pero siempre ha transitado el contrario.

La explicación del cuento, el sueño de Dahlmann, se comprende en la consideración de lo antedicho. Una vez más el tema del destino se enlaza con el tema de la identidad: Dahlmann deseaba ser como su abuelo Francisco Flores, un valiente, y morir en una pelea a cuchillo en la llanura; sin embargo, se ve en un hospital, enfermo por un estúpido accidente (que también es autobiográfico), causado por su pasión por los libros. La antinomia del intelectual/hombre de acción está fuertemente presente: Borges/Dahlmann quieren ser hombres de acción y son bibliotecarios. La única manera para Dahlmann de alcanzar su deseo, de asumir su identidad ideal, es soñar la muerte que hubiera querido tener: luchando en la llanura; para Borges, escribir historias sobre malevos. Las dos son paliativos: nadie puede cambiar el destino, ni el personaje ni el hombre.

Recordemos el final del cuento *El Sur*:

«Salieron, y si en Dahlmann no había esperanza, tampoco había temor. Sintió, al atravesar el umbral, que morir en una pelea a cuchillo, a cielo abierto y acometiendo, hubiera sido una liberación para él, una felicidad y una fiesta, en la primera noche del sanatorio, cuando le clavaron la aguja. Sintió que si él, entonces, hubiera podido elegir o soñar su muerte, ésta es la muerte que hubiera elegido o soñado.»²³

Dahlmann nunca sale del hospital; su viaje en tren a la Estancia (lo único que conserva de su abuelo Francisco Flores) y la pelea representan el destino que

hubiera querido tener: morir como un valiente. Borges termina el cuento en presente del indicativo (toda la narración está en pasado, como es lo habitual): Dahlmann queda en un tiempo sin tiempo (el de la muerte) y en una pelea que nunca se realizará en la realidad.

«Dahlmann empuña con firmeza el cuchillo, que acaso no sabrá manejar, y sale a la llanura.»²⁴

5. Conclusión

Son evidentes las diferencias entre los personajes de *El Indigno* y *La intrusa* con el personaje de Dahlman, en cuanto al tema que analizamos.

Los Nilsen y Fischbein tienen problemas con el «afuera». Los hermanos no son conscientes de cuál es su verdadero origen («de las que nunca oirían hablar»); solo sufren la discriminación y se asumen como diferentes para defenderse del medio. Fischbein quiere ser un «buen judío» y «un buen argentino» y encuentra paleativos para solucionar su problema con los demás, aceptando las diferencias. Dahlmann, en cambio, tiene un conflicto más existencial, un problema con el «adentro». No se asume como diferente, siente «remordimiento»: ser feliz es ser lo contrario de lo que es.

Pero, en los todos los casos, los temas enlazados de *destino*, *discriminación* e *identidad* marcan, con su determinismo y fatalidad, la historia de los personajes inmigrantes, que no pueden superar las diferencias y, ante la imposibilidad de integrarse, buscan paliativos. Esto no solo es un reflejo de la historia personal del escritor, por similitud o contraposición; es también, una manera de comprender la naturaleza y la esencia del ser argentino.

Bibliografía

- BORGES, Jorge Luis. «El Indigno», en *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974.
- BORGES, Jorge Luis. «El Sur», en *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974.
- BORGES, Jorge Luis. «Juan Muraña», en *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974.
- BORGES, Jorge Luis. «La Intrusa», en *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974.
- BORGES, Jorge Luis. «Remordimiento» en *La Moneda de Hierro*, Bs. As. Emecé, 1979.
- HERNANDEZ, José. *Martín Fierro*, Bs. As., Plus Ultra, 1981.

- OCAMPO, Victoria. "Diálogo con Borges", Bs. As. 1969. En SALAS, Horacio. *Borges, una biografía*, Bs. As., Planeta, 1994.

Notas

- 1 BORGES, Jorge Luis. "El Indigno", en *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, pág.: 1029.
- 2 BORGES, Jorge Luis. "El Indigno". Ob. Cit., pág. 1030.
- 3 BORGES, Jorge Luis. "El Indigno". Ob. Cit., pág. 1030.
- 4 BORGES, Jorge Luis. "El Indigno". Ob. Cit., págs. 1030-1031.
- 5 BORGES, Jorge Luis. "El Indigno". Ob. Cit., pág. 1031.
- 6 BORGES, Jorge Luis. "El Indigno". Ob. Cit., págs. 1031-1032.
- 7 BORGES, Jorge Luis. "El Indigno". Ob. Cit., págs. 1032-1033.
- 8 BORGES, Jorge Luis. "El Indigno". Ob. Cit., págs. 1033.
- 9 BORGES, Jorge Luis. "La intrusa", en *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, pág. 1025.
- 10 BORGES, Jorge Luis. "La intrusa". Ob. Cit., pág. 1025.
- 11 BORGES, Jorge Luis. "La intrusa". Ob. Cit., pág. 1025.
- 12 BORGES, Jorge Luis. "La intrusa". Ob. Cit., pág. 1026.
- 13 BORGES, Jorge Luis. "La intrusa". Ob. Cit., pág. 1026.
- 14 HERNANDEZ, José. *Martín Fierro*, Bs. As., Plus Ultra, 1981, págs.: 358-359.
- 15 BORGES, Jorge Luis. "La intrusa". Ob. Cit., pág. 1027.
- 16 BORGES, Jorge Luis. "La intrusa". Ob. Cit., pág. 1026.
- 17 BORGES, Jorge Luis. "La intrusa". Ob. Cit., pág. 1027.
- 18 OCAMPO, Victoria. "Diálogo con Borges", Bs. As. 1969. En SALAS, Horacio. *Borges, una biografía*, Bs. As., Planeta, 1994.
- 19 BORGES, Jorge Luis. «Remordimiento» en *La Moneda de Hierro*, Bs. As. Emecé, 1979.
- 20 BORGES, Jorge Luis. "El Sur", en *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, pág. 525.
- 21 En realidad, podríamos ir más allá y considerar al Francisco Laprida de *Poema Conjetural*: «Yo que soné ser otro, ser un hombre de sentencias de libros, de dictámenes, al fin me encuentro con mi destino sudamericano». Parecería que, en realidad, todo hombre quiere ser «el otro», contradecir su destino y buscar, sin solución, una identidad nostálgica de diferencias.
- 22 BORGES, Jorge Luis. "Juan Muraña", en *Obras Completas 1923-1972*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1974, pág. 1044.
- 23 BORGES, Jorge Luis. *El Sur*: Ob. cit., págs. 529-530.
- 24 BORGES, Jorge Luis. *El Sur*: Ob. cit., pág. 530.

7. Anexo: Árbol Genealógico

